

ban a su alrededor, y todos simulaban que se sentaban y escuchaban a San Simeón con las manos detrás de las orejas pero sin dejar de bailar, y San Simeón, el 'stilité, se sacaba el trapo (la túnica) y mostraba el cuerpo llagado, y los batuques y las calabazas se aceleraron persiguiendo el estruendo furioso de los atabaques, y los negros se sacaban los pantalones y las negras las faldas y jugaban con ellos en el aire intentando unirlos, pantalones y faldas al aire, el director agogô martilleó más alto la orquesta con un punteado continuo, y mientras seguía el baile colectivo, la historia continuó: para obligar a todo el mundo a la penitencia y al sufrimiento, vida de negro, San Simeón, el 'stilité, se ató a la pierna una cadena de hierro con una gran piedra y así andaba por las calles de Monte Thessalissa, arrastrando la piedra, y la gente lo adoraba y todos juntos rezaban un Padre Nuestro que estás en los cielos, santificado sea Tu nombre, hágase Tu voluntad..., y todo el tropel al unísono, sin dejar de bailar y aplaudir y girar, desafiando en la rueda a un compañero o una compañera, recitaba la oración, con tanto respeto y devoción que parecían estar en la santa misa. San Simeón, el 'stilité, se cansó del hombre blanco y mandó levantar, en la plaza de la ciudad, una columna de piedra como si fuera el tronco de un gran árbol, pero sin ramas, y allí se fue a vivir, sobre un asiento, y todos los años mandaba elevar más la columna, que en lengua antigua se llamaba 'stilité, y murió con 100 años orando en lo alto, clamándole desde allí, hacia abajo, al hombre blanco que debía orar, ayunar, sufrir, velar y humillarse; y esta es la historia de San Simeón, el 'stilité, el santo negro, el pastor negro que dio ejemplo a los blancos y murió rezando sobre una columna. Dona Veveva y el director Manel Ferreira desaparecieron, entraron en el Palácio da Aclamação, mezclándose entre los de los batuques, para besar las mejillas amarillentas de Jorge Amado; otra negra de ojos vidriosos y cuerpo trémulo se retorció por el suelo, parecía que aullaba, y la gente bailaba y bailaba, batía palmas estridentes, rápidas, veloces, frenéticas, unos giraban y rodaban, otros corrían y se detenían, otras se balanceaban y se bamboleaban. Justo en aquel momento el féretro empezó a salir del Palácio y Quincas Berro d'Água, el mayor cachaceiro¹⁶ de Bahía, viejo tronera y vagabundo, agarrado a Quitéria de Olho Arregalado, gritó desde el fondo, dejen pasar a Jorge que él ya no vuelve. Subieron el féretro al coche de bomberos de la Policía Militar de Bahía, lo escoltaba Emílio, exgaucho, uno de los mil quinientos hombres de la columna Prestes¹⁷, después iba

¹⁶ *Bebedor de cachaça.*

¹⁷ *Amplio movimiento campesino de reivindicación social (1925-1927).*

Emanuel, de Rio, que, cuando está borracho, le gusta arrearle a la mujer, a su lado, a la izquierda, el trapequista Giuseppe, el de los saltos mortales que acaban verdaderamente en mortales, a la derecha, Maneca Mãozinha, manco de la mano derecha, hábil en dirigir saveiros¹⁸, –y al final la moto de la policía. Oficiaba la ceremonia el beato Estêvão, que seguía tan alto y tan flaco que el viento lo mecía como a un bambú, las alpargatas viejas y rotas y el camisu¹⁹ salpicado de barro, acolitado por dos sacerdotes, Valdomiro dos Santos Guimarães y el doctor Teodoro Madureira, los dos maridos de Dona Flô, que, a una distancia conveniente y dirigiendo la Escola de Culinária Sabor e Arte, se enorgullecía de ellos; el capellán, haciendo sonar la campanilla de aviso, era Gonçalves, perista de los robados de los capitanes de arena, iba calculando el valor de la campanilla, si nadie se daba cuenta aun se quedaría con ella, siempre la podría vender a unos ricachos americanos, el primer cirio lo llevaba el negro Honório, yagunzo del coronel Misael de Sousa Teles, y el segundo cirio, el mulato Juvenal, el más famoso capoeirista de Bahia; los ocho soldados, con cascos colorados, orgullosos, que acompañaban el ataúd sobre el coche de bomberos, eran Jerónimo y sus cuatro hijos, Jão, Zé, Trevoada, Nenén y Agostinho, y los tres nietos huérfanos, Tonho, Noca y Ernesto; y el conductor, un mulatazo hercúleo de dedos delicados, era Ricardo, empleado en una plantación de tabaco del Recôncavo. El coche quería avanzar, las personalidades-entidades ya habían entrado en los ópels y en los bemeuves, los guardacostas tomaban posiciones, pero Sem Pernas, niño capitán, y Sebastiana, no la madre de Bli-munda, de Saramago, a esa la deportaron a Angola, sino la negrita esmirriada de pelo crespo y descolorido y ojos malos de demonio, se plantaron delante del coche, querían a Jorge, querían a Jorge, e indignaron tanto a Ricardo y a la familia Jerónimo, que estaban dispuestos a aplastarlos si no salían de allí, y fue el portugués Celestino, banquero y exportador, comendador²⁰, que haciendo sonar sus encomiendas los convenció para que se apartaran con el señuelo de la oferta de una a cada uno. Totonho de la Rosinha se reía a carcajadas, encías escarlatas y sedosas, ‘toy vingado, sinvergüenza de Jorge se burló de mí, hizo que me llevara una paliza de Antônio Balduino, ahora ‘toy vingado, se ha muerto Jorge; pero el señó Badaró, larga barba negra rizada sobre el pecho, de dos metros de alto, les silbó

¹⁸ *Embarcación de transporte de mercancías o pasajeros en el puerto. También, barco de pesca.*

¹⁹ *Camisa sin cuello que usan los pescadores.*

²⁰ *Blanco rico a quien el Estado de Bahia distingue por sus servicios prestados a favor del enriquecimiento y la creación de puestos de trabajo.*

a sus cuatro cabras²¹, estos rodearon a Totonho y, mientras el funeral iba avanzando, se encargaron de darle otra somanta –Totonho todavía gritaba, sálvame, Jorge, sálvame de estos cabras. Lentamente, el coche pasó ante el monumento de la Aclamação, perforando la multitud de mulatos; Dona Zulmina Simões Fagundes, criolla augusta, opíparas ancas y senos de bronce, lagrimeando, agarró el pañuelo de seda que le ofrecía Pelancchi Moulas, su patrón, Pequito para ella, y miró de soslayo al doctor Rodrigo, médico intelectual que vivía como un gato, muchos libros y algunas botellas; desde la ventana del segundo piso del edificio del supermercado, Dora, bonita muchacha de ojos grandes y pelo muy rubio, y su hermano Zé Fuinha decían adiós al corte, y desde el edificio de enfrente, Caco Podre, con su clarín, soplabá una cornetada bajo la supervisión del comandante Vasco Moscoso de Aragão, era la última en honra de Jorge. Quien iba a pie, además de mí, de los niños capitanes, de la cáfila de sertaneros, de la mulatada de negros y de la cuadrilla de santeros, era Guma, de troncho derecho, lampiño, pelo rizado, el marinero salvador del navío Canavieiras, estaba aburrido, Jorge hizo que perdiera la carrera de saveiros con el negro Antônio Balduino, no fue justo, he de pedirle la revancha allá en el cielo de los escritores. De los balcones de las casas, bandas de anarquistas y comunistas, con el pañuelo rojo en el cuello, aplaudían al paso de la urna; cearenses²² hambrientos, de vidas secas, que habían venido a Bahía para entrar en las novelas de Jorge, aplaudían y bailaban imitando el salto del caballo; capataces de señores de los ingenios, en otro balcón, se metían dentro, avergonzados de sus crueldades; poetas y poetastros declamaban odas y epigramas satíricos a las Joanas negras y mulatas de las novelas de Jorge, Hola Joana / mira mi banana, ¡son verdaderos poetastros!; en otro piso, los comerciantes de las novelas con ojos parpadeantes contaban las monedas y los policías acariciaban sus porras. Una puta sin nombre, por ejemplo, aquella mulata desdentada de *Jubiabá*, soltó un aullido como grito de despedida, la profesora de Tabocas obligó a los críos a bajar la cabeza, que allí iba un gran escritor a ser enterrado, la caterva del puerto, la gentuza de la Conceição da Praia, los chavales de la Ladeira, los haraganes del Pelourinho, los magnates del corredor da Vitória, los empresarios de la Barra, los banqueros de Itapuã, los negreros del muelle, toda la escoria de chulos y chivatos de Salvador, acompañada de los potentados del petróleo, de la cerveza y de las carreteras de Bahía, abrían camino para que Ricardo pudiera pasar con el coche;

²¹ *En Brasil, mestizos de negro y mulato.*

²² *Del Estado de Ceará.*

yo aun pude ver a la gitana de *Mar Morto* echar búzios²³ al jardín del Campo Grande y empecé a correr tras la urna, pero Ricardo aceleraba, y aceleraba, ya llegaba a la esquina del Vale do Canela, y yo corría con la esperanza de que el semáforo rojo detuviera a Jorge, pero para Jorge ya no hay más discos rojos, los discos de todos los colores están en sus obras, sólo hay que saber leerlos. Zélia, llorosa, de ojos tiernos macerados, iba detrás, con Paloma y Jorge hijo, quizás tenían la esperanza de que Jorge Amado volviera todavía, pero yo acababa de ver, bajo el ipê²⁴ verde, junto a la gitana, a Mãe Olga impidiéndolo: Jorge, mãe Olga lo impide, tú ya no regresas, Jorge, Mãe Olga lo impide, adiós Jorge. Enrojecido, desde el Picué llegó para el funeral de Jorge el promotor público, Ricardo Brás; quería, quieras que no, subir al coche de bomberos para dejar sobre el pecho de Jorge su último libro de versos, «As Flores Interrompidas», y desde abajo gritaba, «Jorge, tú nunca me fallaste, fuiste mi único lector, conseguía vender un solo ejemplar en toda Bahia, y era Jorge quien me lo compraba, él pensaba que yo no lo sabía, pero yo lo sabía».

Desistí de correr, me detuve, me llevé la mano al corazón, miré de lado, y vi que el ipê, que siempre estaba verde, amarilleaba con el sol del mediodía. En aquel instante empezó a llover en Salvador. He vuelto a casa para escribir.

7/8/01, día del funeral de Jorge Amado,
Salvador de Bahía

Traducción de Isabel Soler

²³ Caracolas con las que se adivina el futuro y la suerte.

²⁴ Árbol nacional, de flores amarillas o violáceas espectaculares.

